



La Fábrica de Talavera de Premió. Una realidad ilustrada en el concejo de Las Regueras a fines del siglo XVIII

FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA

Para Marta de Nicolás y Ramón Mijares, en ese mismo paisaje.

Gracias a los serios estudios de Julio García Maribona¹ y otros investigadores conocemos la importancia que adquirió el ramo de la alfarería en distintos núcleos del ámbito geográfico de Las Regueras y Llanera. En algunos casos, estos centros de producción alfarera hunden sus raíces en una práctica de antigüedad incierta, difícil de esclarecer, con una cronología que solamente nuevas investigaciones podrán documentar de forma fehaciente. Otros procesos serán más recientes, resultado de esas migraciones de alfareros en busca de lugares donde existan materias primas de calidad y en abundancia, y donde sea posible un fácil comercio para las piezas manufacturadas dada la cercanía de mercados con demanda amplia y sólida. Estos centros contemporáneos se nutren pues de alfareros nacidos y formados en los ámbitos de más larga trayectoria productora como son Faro o Miranda de Avilés, pero pronto Asturias será escenario de una transformación radical en el medio alfarero de la que no estará al margen el concejo de Las Regueras, síntoma de la conexión con los frutos de esa Ilustración que irradia sus luces sobre territorios fértiles a los cambios y a las novedades.

Escasa aún de la atención debida más allá de los protagonistas principales, la Ilustración asturiana fue

sumando personalidades de diversos ámbitos a un proyecto sin concreción real, que desveló el interés sincero de los miembros más jóvenes de la baja nobleza y de la hidalguía, y de una burguesía ansiosa de mayor protagonismo, por acelerar los cambios en el orden cultural y económico que avanzasen la desaparición o al menos la adecuación a otras realidades del Antiguo Régimen. En ese conglomerado de intereses varios, las manufacturas al modelo europeo del momento atraerán la atención de algunos promotores asturianos informados de las sucesivas medidas legislativas emanadas de la administración central cuyo fin era potenciar la producción y el comercio, dinamizando el mortecino panorama económico nacional.

Entres esas medidas estaban las que venían a proteger y desarrollar el sector alfarero, modernizándolo de tal modo que fuese competitivo frente a la irrupción de los productos cerámicos extranjeros, de mayor calidad, y de más cuidadas y variadas formas, que sumaban además modernos diseños en sus decoraciones. Con esta legislación se atendía no solo al mercado peninsular sino también al mercado americano, a donde llegaron los nuevos productos cerámicos asturianos. Hablamos de nuevos productos hechos en Asturias porque muy poco o nada tendrá que ver esta cerámica dieciochesca con la que formaba la vajilla tradicional del pueblo as-

¹ GARCÍA MARIBONA, Julio (2011) "De Faro a Villayo: Los puercereros", *Anuario* nº 4 de La Piedriquina

turiano realizada en esos alfares diseminados por toda nuestra geografía. Con las nuevas fábricas de loza se produce antes que nada una revolución tecnológica al introducirse otras técnicas en los modelos de hornos, en la selección de las materias primas, singularmente las arcillas, y en las fórmulas idóneas para obtener atractivas decoraciones y, sobre todo, un vidriado perfecto, con baño uniforme y sin defectos. De esta línea cerámica sólo tendrá prolongación popular la del “Rayo” producida en la parroquia de Vega de Poja, concejo de Siero; pero esta prolongación no será casual, pues sabemos que el promotor de la primera fábrica de loza asturiana, Juan Nepomuceno Cónsul, una vez fracasado su proyecto industrial adquirió a los ceramistas franceses sus fórmulas y las distribuyó entre los vecinos de la parroquia a la que estaba vinculado y en la que instaló su manufactura, dando así origen a ese nutrido núcleo alfarero.

La figura de Cónsul nos permite adentrarnos en otra constante significativa que vamos a ver también en Premiό y en las otras fábricas asturianas: el ineludible concurso de técnicos extranjeros para poner en marcha las fábricas y mantener su producción. Síntoma de la incapacidad de hallar en Asturias trabajadores formados en esas técnicas europeas y del profundo atraso del país en todo lo referente a educación, y de la falta de atención a las novedades científico-técnicas con las que bullía el siglo, será el que todas estas fábricas dependan en su origen y desarrollo de técnicos extranjeros. Especialistas que, salvo en el caso de Cónsul, y probablemente en el activo en Premiό, tuvieron que padecer la maldad y miseria moral de los promotores autóctonos que les persiguieron con saña, llevando alguno a la cárcel de modo injusto, como ocurrió con Thomas Price.

La primera fábrica, montada en 1779 por Cónsul en Vega de Poja, tendrá, dado el origen de su promotor, técnicos franceses, a la postre no muy versados en el tipo de cerámica que deseaba fabricar Cónsul. Pese a ello les cabe la gloria de ser los primeros en abrir Asturias a esa nueva cerámica que, destinada a los burgueses ascendentes, no eclipsó de ningún modo a la tradicional de las clases populares, pero hizo de Vega de Poja el referente para una cerámica también popular pero de indudable mejor calidad y singularidad decorativa.

El protagonista de las dos fábricas siguientes, ya de la década de 1780, será el británico-irlandés Thomas Price, de cuya pericia e inquietudes hizo puntuales elogios Jovellanos, convirtiéndose en su firme valedor frente a los oscuros manejos de José Díaz de Valdés, el

promotor gijonés de la fábrica urbana de Rueda. Con anterioridad, Price, llegado a Asturias contratado por Antonio López Dóriga, sería quien montase la primera manufactura de la ciudad de Oviedo. Contaría con el concurso de alfareros del cercano núcleo de Faro, haciendo una gama tan variada de productos como nunca había conocido Asturias. Fracasó en Oviedo porque fracasó su socio capitalista con su incapacidad comercial y su extraña concepción de lo que debería ser la empresa. Pasó después a Gijón, abriendo la fábrica de Rueda, y también aquí Díaz de Valdés mostró la poca fiabilidad para los negocios que parecían tener los burgueses asturianos. Price acabó sus días en Galicia.

Hubo otros proyectos interesantes y cercanos a éste de Premiό en los que la participación extranjera, no práctica sino teórica, nos lleva al napolitano Capodimonte y al más cercano Buen Retiro, con las maravillas de esa porcelana que aquí era casi ignota, salvo algunas muestras de “china” en mesas de la nobleza y de algún alto eclesiástico.

Un alemán en el Premiό de 1790

Únicamente sabemos su nombre y su origen, y su dedicación a las artes cerámicas, pero poco más podemos añadir a una biografía totalmente opaca. Martín Greve, nuestro fabricante en Premiό, se dice alemán y llegó a La Regueras en torno a junio de 1790, encontrando acomodo en Premiό para establecer su fábrica, en la que en los primeros días del mes de agosto confiesa haber invertido seis mil reales. Su firma delata el dominio del bien escribir, con caligrafía firme y segura. Sin embargo, es una incógnita su arribo a Asturias formando parte de un contingente de nacionales escasos en nuestra tierra, como los que se denominan entonces de modo general “alemanes”. Podría estar relacionado en la línea artística con los Reyter residentes en Oviedo, o bien ser uno de los pioneros de la búsqueda de yacimientos mineros, que por sus conocimientos habría hallado barredas en Premiό y la facilidad de surtir de combustible-madera y rozo- para los hornos. Lo más probable es que su toma de contacto más firme fuera la villa de Avilés, donde conocería la producción alfarera de Miranda y entendiéndose que podría dar una alternativa a sus limitaciones, pero aprovechando su línea de comercialización y sus mercados a través de su puerto.

El núcleo cerámico de Miranda había ido evolucionando de modo paulatino desde los años centrales de esta centuria, teniendo unos rasgos definitorios de su complejo productor. No nos referimos únicamente a la propiedad y organización de los medios y labo-



OTRA VISTA DE PREMIÓ. FOTO ROCÍO AZA BESADA

res productivas caracterizados por una estructura familiar y comunal, sino sobre todo a las líneas de esa producción que pasarán de las denominadas “obra negra” u “obra blanca” o también “alfarería negra” o “loza blanca”, hasta alcanzar la loza vidriada, que a su vista Jovellanos define en 1792 “con su vidriado blanco y amarillento, y con algunos rasgos verdes y azules”. Esta variedad atiende a una demanda progresiva de los mercados interiores, pero sobre todo de esos mercados cantábricos que tendrán en Galicia su más sólida demanda, de tal modo que habrá piezas específicas para el mercado gallego. Esta expansión es fruto de la labor de los “tratantes en alfarería”, en un primer momento productores-comerciantes a los que el conocimiento del sector les permite avanzar hacia la condición exclusiva de comerciantes, pasando a formar parte de esa pequeña burguesía comercial avilesina que conoce bien el tráfico marítimo, las condiciones de los puertos gallegos, y de modo especial el puerto de La Coruña, donde está establecida una nutrida colonia de comerciantes asturianos. Es en ese Avilés de transformaciones sociales y económicas donde a estos comerciantes se van a sumar algunos elementos de la nobleza “contaminados” por las ideas ilustradas, que van a dejar atrás ciertas condiciones y privilegios de su clase para unirse a esa modernización que perciben necesaria y, también, foco de nuevos beneficios económicos. Uno de estos nobles que ejemplifica ese traspaso de las fronteras ideológicas cerradas para abrir horizontes de mayor pragmatismo será Rodrigo de Llano-Ponte y Cuervo- Arango.

A Rodrigo de Llano-Ponte no le convenció aquella condición hereditaria de sus ancestros de que no ha-

bían sido “mercaderes o cambiadores, ni han tenido ni ejercido oficio alguno, vil, bajo, ni mecánico... Se mantienen con las rentas de sus mayores”. Por el contrario, prefirió dentro de sus limitaciones perpetuar “la verdadera idea de un útil ciudadano y celoso patricio”. Por ello, comerciό y se adentró en el fomento de varias manufacturas y explotaciones forestales y mineras, arriesgando su capital proveniente de rentas para obtener hipotéticos beneficios.

Personalidad definitoria de su tiempo, Rodrigo de Llano Ponte y Cuervo –Arango nació en 1739 en la parroquia de Soto del Barco, concejo de Pravia, siendo el hijo primogénito del matrimonio formado en 1737 por Manuel de Llano-Ponte y Sierra-Jarceley, señor de la torre de Ponte, y Francisca Cuervo-Arango Arias de Sanzo, a la que se cita también como Francisca Arango Valdés Cuervo. A Rodrigo le seguirían otros cinco hijos: Manuel, Ramón, Blas, María y Juana. Como primogénito y heredero de los mayorazgos de la casa paterina, Rodrigo sigue la carrera de las armas, al tiempo que solicita su ingreso en la Orden de Santiago cuando es alférez de Reales Guardias, estando establecido temporalmente en Madrid. En 1768 solicita real licencia para contraer matrimonio con María Antonia Oviedo Portal y Valdés, que residía como seglar en el convento de Santa Clara de Oviedo en compañía de su tía paterina Gregoria de Oviedo, monja profesa en ese convento. María Antonia había nacido en San Martín del Rey Aurelio en 1747, siendo hija de Antonio Fernando de Oviedo Portal y Valdés y de María Antonia de la Buelga Arguelles. El matrimonio tendría al menos siete hijos: Nicolás, nacido en Oviedo en 1770, y que alcanzaría el

grado de teniente general de los Reales Ejércitos y casaría con Ventura González-Cienfuegos, hija del conde de Marcel de Peñalba; Juan, Manuel, Ramón, María del Carmen, Rufina y Francisca. La familia se instalaría de modo estable en Avilés, donde fallece la esposa de Rodrigo en 1785.

Como ya hemos señalado, Rodrigo se alinea con esos ilustrados más atentos a la acción que a la aportación teórica a la ideología de las luces. No destaca por sus cualidades y obras de carácter intelectual sino que forma parte de ese conjunto nutrido por nobles y burgueses, esos otros ilustrados menores, que prefieren el medio mercantil y económico para hacer su contribución a esa transformación que arrincone las constantes del Antiguo Régimen y de comienzo a un tiempo nuevo. En este contexto cabe entender sus empresas, y en especial la compañía que formaliza con Martín Greve para continuar con la fábrica de Talavera establecida por éste en Premió. Esta compañía se formaliza el 4 de agosto de 1790 en la casa avilesina de Rodrigo de Llano-Ponte, entonces capitán de Infantería de los Reales Ejércitos, ante el escribano Bernardo Carreño. Llano-Ponte conocía la existencia de la fábrica de Martín Greve y ya había establecido conversaciones con éste tendientes a su participación en la empresa; empresa en la que Greve ya había invertido la cantidad de seis mil reales y que debía estar en pleno funcionamiento cuando deciden formalizar su sociedad. Según este acuerdo, Greve seguiría detentando la dirección de la fábrica, si bien estaba obligado a llevar un libro de cuenta y razón de los gastos que se efectuaban en la fábrica, así como otro libro en el que debía anotar todas las hornadas que efectuase, “y de cuantas docenas se componga cada una, con expresión de calidades”. Debería haber otro libro en poder de Llano Ponte en el que se documentarían todas las piezas cerámicas que llegasen a Avilés, destino primero y único de una producción que se custodiaría y vendería en un almacén todavía entonces inexistente. Los tres libros estarían siempre a la libre disposición

de ambos socios “en todas las ocasiones que se quieran enterar del estado y progresos de dicha fábrica”. Por su parte, Rodrigo Llano Ponte se obligaba a igualar la inversión de seis mil reales efectuada por Greve, siendo así que tanto las ganancias como las pérdidas serían a partes iguales, pero Llano Ponte sumaba otra condición particular y diferenciada al permitírsele invertir más caudal en la empresa según le interesase, librando a Greve de este compromiso, pues sólo atendería a los beneficios o a las pérdidas de acuerdo a los seis mil reales que había tenido de coste la puesta en marcha de la fábrica. A Greve se le fijaba un jornal diario de doce reales durante dos años, y si la fábrica siguiese con “estado ventajoso y con aumento” se le sumarían otros tres reales hasta redondear el jornal diario en quince reales, condiciones que deberían existir en cualquiera otra fábrica de loza que Greve estableciese o interviniese en su establecimiento. Otra condición denota el control de Llano Ponte sobre la producción y su venta en Avilés, pues Greve estaba obligado a no poder vender “ningún género de la citada fábrica en el sitio de ella, ni en otro pueblo alguno de este Principado sino solo en su almacén que ha de existir en esta dicha villa”. Lo que no se vendiese en el almacén avilesino, podría ser objeto de venta más allá de las fronteras de la villa y del Principado.

Nos queda la duda del periodo de actividad y de las características propias de muchas de estas manufacturas de loza como ésta de Premió, según un modelo que dio el salto al siglo XIX. Lo cierto es que fueron fábricas de corta trayectoria, conflictivas, y cuyas producciones no dejaron huella a tenor de las escasas referencias que han llegado hasta nosotros. En lo que se refiere a los promotores, la memoria de Martín Greve se pierde en el tiempo, mientras que la de Rodrigo de Llano Ponte, quien fallece en su casa de Avilés el 25 de octubre de 1813, siendo enterrado en la iglesia conventual de San Francisco, se mantiene viva por sus empresas y una estirpe brillante que llega hasta nosotros.